



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

---

Es propiedad del autor.

---

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

I

Suspiraban las arboledas en la agonía del sol, cuando volvía al huerto. El paisaje, débilmente iluminado por los últimos rayos pálidos, impregnábase de la infinita tristeza de la tarde.

Marchaba pausadamente por medio del camino, silenciosa, absorta en la contemplación de la tierra: herían sus oídos, á menudo, el piar de los pájaros, que buscaban en lo más espeso del ramaje sitio en donde guarecerse, el canto melancólico del labriego, que después de rendir su tributo de sudor, volvía al seno del hogar, ó el ladrido de los perros que cuidaban los huertos.

Al percibir á lo lejos la casita ruinosa, casi escondida en el follaje, á la que las sombras infundían un aire de misterio, pegaba

al borrico, apretando el paso. Ahí estaban los que la querían, esperando con ansia su regreso para prodigarla tiernas caricias.

Eran tres: la moza, su madre y un excelente tío, que, ya anciano y achacoso, abandonara el arado para entregarse á la tranquilidad del nido, al lado de su hermana, que aunque de genio irascible, no le negaba un pedazo de pan, y junto de su sobrina, aquella muchacha afable, cariñosa, que escuchaba los regaños de la autora de sus días con sonrisa de humildad.

Eran felices, con esa relativa felicidad que puede alcanzarse en la vida, mezcla extraña de alegrías y de lágrimas, de suspiros y de risas.

Moraban en el pequeño huerto, propiedad de la seña Juana. La casa era diminuta; componíase de cuatro piezas nada más: la sala de entrada, con una ventana que daba al prado y una puerta baja, cubiertas ambas de enredaderas que embalsamaban el ambiente, y lucían, al extremo de esbeltos tallos, las campanillas de coquetas hojas azules, que mecía voluptuosamente el céfiro; la recámara de la seña Juana y su hija, osten-

tando en lo alto un ventanuco que cerraban podridos maderos; luego el estrecho cuarto en donde arrastraba su vida próxima á apagarse el tío Gerónimo, y al final la cocina, pequeña, llena de trastos limpios, como las mañanas del país, con su bracero pintado de rojo y dos amplias alacenas en donde se guardaban las provisiones de la semana y la botellita de tequila que proporcionaba al viejo el placer de ocho días.

Delante de la fachada, era de ver el contraste que hacía con el musgo de las cornisas, el color verde claro de un frondoso naranjo, que se elevaba en el centro de un arriate, cuidadosamente enjabelgado. Era el predilecto de la familia, y durante muchas primaveras perfumó el aire con sus albos azahares, y dió sombra á las mujeres, que solían ir á coser, por las tardes, junto al tronco negruzco.

En torno de la casa, extendíanse los campos cubiertos de verdor, y grandes masas de árboles dibujaban sus copas en el cielo.

Diez pasos más allá, encontrábase el establo en donde habitaba el jumento. Estaba aquél formado por tablas mal unidas con

cuerdas y techo de paja sostenido por delgadas ramas secas.

Limitaba el huerto del camino, una barda de no muy grande altura, con una puerta en el centro, que por lo regular permanecía cerrada.

Las mujeres cultivaban la tierra: levantábanse con el alba, cortaban las hortalizas y las flores destinadas al mercado, y en seguida cargaban el borrico con dos inmensos cestos, en donde amontonaban las zanahorias de amarillo tenue, las coles de tinte verde suave, los chícharos diminutos, los chiles rojos, y una que otra vez, cuando la estación se hallaba en todo su apogeo, algunas frutas como naranjas, granadas y peras. En una pequeña canasta, que pendía del brazo de Rosario, escrupulosamente puestas, iban las flores.

Todavía muy temprano, cuando el sol anunciaba su aparición triunfal en el Oriente, con resplandores dorados, la moza, arreando al asno, emprendía el camino de la ciudad, atravesando el río, envuelto á esa hora en vaporosas neblinas, por el puentecillo de

madera que casi besaba el agua, que se perdía no muy lejos, murmurando tristemente. Los sauces y los fresnos que sombreaban la orilla, susurraban alegres como si mil risas se escondieran en sus ramas. Los carpinteros picoteaban en los troncos, lanzando su grito estridente; los gorriones, armando tremenda alharaca con sus chillidos de pilluelos, saltaban de rama en rama; gorjeaban los zenzontles dulcemente, y más de un colibrí de plumas multicolores y brillantes, bebía en los cálices de las flores la ambrosía que le daba vida.

Más allá del río, la ciudad despertaba con los mil ruidos de la actividad moderna: las criadas marchaban apresuradas por las calles, arrebujadas en el retozo hasta las narices, haciendo las compras. En las tiendas reinaba una verdadera batahola: los dependientes corrían de un lado á otro, aturdidos, y los parroquianos gritaban.

Las campanas de los templos esparcían por el aire sus vibraciones argentinas ó graves; y algunas viejas, cubiertas por el negro

chal, de la cabeza á los pies, escurríanse por las aceras, con intención de llegar á tiempo que comenzara la santa misa.

Quando Rosario llegaba al mercado, algunos de sus conocidos de la huerta encontrábanse ya ahí, arreglando los puestos, descar-gando los burros, disponiéndose, en suma, á vender su mercancía. Las amigas que habían arribado antes que ella, la contempla-ban con sonrisa burlona.

—¡Que te has dormido!—decían.

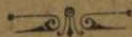
Y, peripuestas, con la morena tez un tanto coloreada por la fatiga, guiñaban los ojos á los clientes, atrayéndoles; mirábanse con furia cuando una arrebatava el comprador á la otra, y de sus labios brotaba un charloteo continuo, animado, que llenaba el mercado de interminable rumor, cual inmensa colmena.


Ella hacía lo mismo que las otras, y pasaba el día así, aturdida por el estruendo de aquel diminuto mercado, vientre de la ciudad no menos pequeña.

Por la tarde, su pecho se dilataba á impulsos de un vivo sentimiento de alegría,

cuando, recogiendo los cestos, las más veces ya vacíos, cargaba al pollino y dirigíase de nuevo á la huerta.

Y así se deslizaba la vida, tranquila, sin nubes, sin los tristes presentimientos del mañana, ni los amargos recuerdos de ayer. Y aquellos tres seres, dichosos, blanca el alma, atravesaban la senda sombría de la existencia, ciegos, sin advertir sus negruras, con la sonrisa en los labios.



 Al principio, ella había sentido por Julián una tierna simpatía. Diariamente, al volver del mercado, le veía en la taberna del tío Pedro, situada á la mitad del camino, y ni siquiera se atrevía á mirarle, porque en toda la huerta tenía fama de pendenciero y de borracho, por más que entre las otras cualidades que le adornaban, se contara, aunque no en grado extremo, la de mujeriego. A las madres de familia y á las sesentonas que imponían su fiero dominio en la fecunda vega, les bastaba saber que un hombre era visitante asiduo del borrachón tabernero, para verle con malos ojos, y jurar que á la moza que tan siquiera le mirara, se la *llevaría el demonio*.

No era ni alto ni bajo: su estatura, como la de la generalidad de aquella gente, mitad campesina, mitad ciudadana, no pasaba de regular; sus músculos, de una complejión férrea, no inspiraban, como pudiera suponerse, serios temores á los camaradas de juerga, merced al carácter débil que le hacía transigir en todo, menos en lo que se opusiera á sus hábitos arraigados. No era la belleza de su rostro la que atraía las simpatías de las hembras, sino más bien el brillo salvaje de sus ojos, quizá avivado por el alcohol, que imprimía en sus facciones un aire osado, resuelto. Era moreno de color, aunque no tanto como los labriegos esclavos de la tierra, que resistían durante años los rayos del sol, con el rostro cubierto de sudor y de polvo, siervos de la negra tirana aun por el pensamiento, embrutecidos, con los pies destrozados, doblegada la espalda. Julián, por el contrario, no obstante sus costumbres viciosas, alardeaba de ser más guapo que ellos, y de vivir con más holgura é independencia, que el más rico entre los ricos de la huerta.

Pasaba la existencia de vagabundo, corriendo los caminos, requebrando á las mo-

zas, ó bebiendo sorbos de mezcal en el tabernucho ahumado y obscuro.

—¡Es el retrato del bribón de su padre!— decían las viejas, al verle por la carretera, dando traspiés, con la mirada perdida, apretados los labios, más borracho que el mismísimo Baco.

Y á la mente de las buenas ancianas, acudía el recuerdo del señor Basilio, aquel hombre que muchos años antes, cuando aún en la cabellera de ellas no aparecían las primeras canas, acarreaba grandes cántaros de agua á la ciudad, por la mañana; y á mediodía, cuando el sol calentaba, introducía en el establecimiento del tío Pedro, y dejaba sobre el mostrador los míseros centavos ganados con su oficio bestial, pescando en cambio, una soberana papalina, que apenas si le permitía llegar á casa, en donde ya le esperaba el mocozielo de su hijo, semi-desnudo, con las nalgas al aire, mostrando la miseria de sus harapos, repleto el estómago, sin pedir pan á su padre.

Aquel chiquillo era una joya, como afir-

maba el señor Basilio, cuando las personas condolidas de su hijo, le reñían.

No, por María Santísima que no: Juliancito se hartaba como el hombrón más ventruado, sin necesidad de que él metiese mano al bolsillo: se le veía corretear por las huertas vecinas, robando las frutas; y cuando algún propietario le sorprendía, era asombrosa su agilidad para escapar de los amenazantes puños.

Sus muecas eran tan graciosas, sabía tantas palabrotas raras y tantas obscenidades tomadas del vasto repertorio de su padre, que los niños de su edad le adoraban, llegando al extremo de proporcionarle el diario alimento, ya sea absteniéndose de él, ó hurtándolo de las cocinas de sus respectivas moradas.

¡Y de nada servían los azotes, las palizas, ni los encierros! Los chicos eran esclavos de Juliancito, y anhelaban, á toda costa, aprender sus mañas, especialmente aquella maestría innata en él, para tumbar un pájaro de una pedrada.

Errante por los caminos y los huertos,

zambulléndose en las puras linfas del río, ó encaramado en los troncos, pasaba los días, de la mañana á la tarde, seguido de una turba de granujas, á quienes se imponía con ademanes de pequeño señor. Era su único y verdadero afecto: la chiquillería alegre y jugetona que le alimentaba, librándole del hambre.

Ignoraba el amor al hogar: á su padre le consideraba simplemente como un conocido, á lo sumo como un borrachón y francote amigo, que le acariciaba al despertar, saludándole con ahogadas risas al volver ebrio, por las noches, al humilde jacal en donde habitaban ambos, y le acostaba junto á él, en un rincón, en la miserable cama formada por media docena de costales agujereados.

Excepto en las noches, jamás el chico permanecía allí. ¿Qué le podía retener en la casuca infecta y solitaria? Si hubiese tenido madre, otra sería la cosa; pero la que le diera el sér había muerto al cumplir Juliancito los cuatro años. Y á tal grado hubo de olvidarla el niño, que, cuando le hablaban de

ella, permanecía extático, y avivando su memoria, á lo más podía recordar, vagamente, la figura de una mujer tan repugnante como su padre, de rostro hinchado y rojo, y de ojos llorosos.

En varias ocasiones, el propio ñor Basilio refirió al niño la historia de su madre: era una mujerzuela de las que comerciaban con la honra allá arriba, en la ciudad, y que por amor se había unido á él, siendo el fruto de algunos años de amasiato, el pilluelo que tenía delante.

—Pero, debo advertirte,—decía con voz pastosa á Juliancillo, que le miraba con los ojos muy abiertos,—que desde que vino aquí, á esta casa, fué mía, sólo mía....

Aunque el chiquillo poco comprendiera de las palabras de su padre, movía la cabeza afirmativamente, y más tarde, aquellas sucias conversaciones eran sabidas por todos los amigotes del hijo de Basilio.

Y así trascurrieron los años: Julián contaba ya diez, y no conocía la escuela, desdenando todo trabajo, en especial el de su padre, que le parecía brutal y mal pagado.

Una noche, el ñor Basilio entró en el pobre albergue, arrastrándose: tenía los labios lívidos, el rostro abotagado, la mirada casi opaca. Quejábase dolorosamente, y el muchacho le interrogó con indiferencia:

—¿Qué tienes?

—Una dolencia..... una dolencia muy fuerte... —articuló el viejo.

—Acuéstate y te aliviarás.

El aguador se echó sobre la improvisada cama, y Juliancito no tardó en seguir su ejemplo, tendiéndose á su lado.

Era en invierno: un viento helado penetraba por las aberturas del techo y de las paredes, y el niño tenía frío, mucho frío, y se apretaba contra su padre, tiritando.

Cerró los párpados, y durmió soñando, soñando las mil cosas halagüeñas para la infancia: al día siguiente, al abrir los ojos, vió que el sol penetraba á raudales, esparciendo su tibia luz.

¡Caramba! Había dormido como un cerdo. ¿Se habría marchado ya su padre? Volvióse y observó que aun estaba ahí.



—Es tarde, padre,—murmuró sacudiéndole.

Pero el aguador permanecía inmóvil, rígido, con la cara escondida entre los costales.

—Que es tarde, que es tarde,—repetía.

Al ver que no obtenía respuesta, incorporóse, y cogiendo al niño Basilio por el hombro, le volvió hacia él.

Lanzó un grito. El viejo estaba muerto, inmóvil, con una expresión de angustia pintada en el rostro.

El niño se abrazaba al cadáver, sollozando.

—Padre.... padre....

Y el antiguo borrachín no contestaba: inerte, parecía contemplar á su hijo con gesto doloroso.

—Padre.... padre....

Y los lamentos del niño se confundían con el grito de los huertanos que en ese instante laboraban.

Salió corriendo en dirección de la taberna, y dijo, al pisar el umbral:

—Mi padre ha muerto.

Vino la autoridad, recogió el cadáver, y el

médico declaró que Basilio había sucumbido á consecuencias de una congestión alcohólica

Ya desde entonces, Julián era huérfano. Al principio, derramó algunas lágrimas: extrañaba al viejo, que á pesar de su eterna borrachera, infundíale un poco del calor de su cuerpo por las noches, y solía acariciarle; echaba de menos al amigo de la barba gris, que en las largas veladas invernales, atiborrábale de chascarrillos picantes, le contaba historias fantásticas que entretenían un tanto su imaginación de niño despierto muy temprano á las miserias de la existencia. Además, era tan bueno, tan indiferente á las travesuras de su hijo; escondían sus labios tantas risas para celebrar las hazañas infantiles, que, verdaderamente, cuando Julián le recordaba, ahora, después de muerto, sentía una leve pero amarga tristeza. Mas cuando el tiempo fué interponiendo su velo de niebla entre él y el pasado, su dolor disminuyó hasta desaparecer por completo.

Tenía diez años bien cumplidos, y era menester pensar en el futuro; los chicos sus

amigos, no pecaban de pródigos como antes: eran ya mocetones aptos para la labranza, que prestaban muy escasa atención á las proezas de Julián: la caza de pájaros á pedradas, las enseñanzas sobre cosas obscenas, las frases crudas, no le proporcionarían en adelante el pan, porque, á los zagalones de la huerta, les importaban un comino los pájaros: algo de más provecho aprendían, como el riego, la siembra, el cuidado de las bestias, etc.; y en cuanto á las palabras y aún hechos impúdicos, eran tan diestros como su antiguo maestro, según podía afirmarlo éste al verles desaparecer en la maleza ó tras de las cercas, acompañados de las niñas de su edad, atormentadas por los primeros estremecimientos del deseo.

Ante el hijo del tío Basilio, no permanecía abierto otro camino para subsistir á las necesidades del estómago, que el robo en las huertas; mas, aparte de que el propio Julián comprendía que no podría alimentarse tan sólo con las frutas hurtadas, tenía la certeza de que, tarde ó temprano, visitaría la cárcel de la ciudad, acusado de ratero ó vio-

lador de moradas, pues, al verle en el cercano ajeno, no le considerarían como antaño niño travieso, sino bribón avezado á la rapiña.

Pensando iba en todo esto una tarde, por medio del camino sombreado por añosos árboles, cuando acertó á pasar delante de la taberna. El tío Pedro, como de costumbre, permanecía tras del mostrador, enseñando á medias su rubicundo rostro, con los ojillos brillantes y la nariz roja ligeramente dilatada por el sopor de la siesta: al ver pasar al chico, levantóse violentamente, saltó el mostrador, y deteniéndose en la puerta, llamó á Julián con acento cariñoso.

—Acércate, hijo. ¿Cómo la pasas? Supongo que no muy bien . . .

El muchacho le miró con aire sincero, diciendo:

—A veces tengo hambre . . .

El tabernero deslizó la mano por la nuca de su interlocutor, poseído quizá de un sentimiento de conmiseración.

—Pues sí tú quieres, vivirás desde mañana tan contento y bien asistido como el se

ñor Cura. . . . Pero, entremos, que no es de personas decentes como tú y yo, entenderse en la calle. ¿Quiéres una copita de dulce?

—Si usted me la da. . . .

Ambos se introdujeron en el tienducho, y á continuación el tío Pedro desembuchó lo que desde días antes le daba vueltas en el magín:

Tratábase de salvar del hambre al hijo de su difunto amigo. Harto sabía que Juliancito no andaba muy bien de alimentos y de ropas; y si nó, ahí estaban aquellos andrajos y aquella carita pálida y consumida, que revelaba vida tan sólo por los ojos.—A todo trance, quería labrarle un porvenir, y había pensado en colocarle en la taberna como mozo ó dependiente, que era lo mismo: ganaría un peso al mes y la comida, teniendo por trabajo barrer la tienda diario, lavar los vasos, llenar las botellas y ayudarle en el despacho. Si acaso se ofrecía algún mandado, Juliancito lo desempeñaría.

Al terminar su proposición, el viejo se hurgó las narices, y dando sonoro resoplido, interrogó con los ojos á Julián.

El muchacho hallábase indeciso: no carecería ya del pan ni del vestido, pero, en cambio, ¿quién le devolvería su preciosa libertad? Adiós paseos, adiós baños, adiós correrías con los amigos, adiós todo lo que de bueno y de bello tenía para él la vida. Mas pensó en el futuro; hubo de acudir á su mente la idea de la subsistencia, y haciendo un gesto resuelto, murmuró:

—Bien; me quedo.

Desde entonces, el zagalón se adormeció en los placeres de una existencia tranquila, beatífica, ahí, en la taberna animada de continuo por las risotadas y los cantos roncós de los parroquianos, que en ocasiones se permitían jugarle bromas pesadas, aunque por lo demás eran buenos muchachos, que le enseñaban la ciencia de vivir cómodamente, sin las penalidades y bochornos de la existencia, ante la cristalina copa de aguardiente que daba calor al estómago y alucinaciones al cerebro.

Ahí conoció á Chano, ebrio contumaz, cuatro años mayor que él, que ejercía per-

fecto dominio sobre los otros compañeros, merced á sus grandes conocimientos de la vida, á su modo de razonar sobrado acomodaticio para los gustos de los de su calaña, y á su aplomo inconcebible para afirmar ó negar.

Y al cabo de algún tiempo, de criado que era, Julián convirtiéndose en el sebo con que el tío Pedro atraía á los bebedores, debido al natural decididor del hijo del tío Basilio y á las simpatías de que éste gozaba entre los huertanos: bebía y jugaba; y como era un habilísimo hijo de Birján, veces hubo en que ganara en un día más de lo que en su niñez le pagase el tío Pedro en el espacio de un mes de faenas.

Por eso, mostrábase grandemente agradecido con el tabernero, que era quien le había instruído en la baraja más que en vicio alguno, inclusive el de la embriaguez, pues afirmaba, con gran acopio de razones, que el amor al vino se lo habían inspirado las mismísimas botellas, difiriendo en esto del parecer de las viejas, que aseguraban que la borrachera de Julián, era herencia de su padre,

de lo que el mocetón se reía, pagando las acusaciones de las pobres señoras, con requiebros á sus hijas y galanteos de no muy sana índole.

Ninguna de las chicas de la huerta había escapado á las frases salidas de sus labios, excepto Rosario, la hija de la señá Juana. La muchacha, con sus grandes ojos negros y la dulzura de su genio impresa en el semblante, inspirábale una franca é inexplicable simpatía, que se traducía no en el *floreo* vulgar y acostumbrado, sino en una inclinación que hasta entonces no había tenido oportunidad de manifestarse claramente á la moza.

Aquella tarde, cuando Rosario se dirigía al huerto, después del mercado, el borrico, al tropezar con un predusco, cayó en la ancha zanja sin agua, situada enfrente de la taberna. La joven, llorosa y sin saber el partido que debería tomar, miraba al asno, en tanto que los borrachos, parados en la puerta de la cantina, se apretaban el vientre para no reventar de risa.

El camino estaba casi solitario: dos ó tres labradores y unas cuantas campesinas reza-

gadas, que corrían á sus casas, pasaron delante de ella: aquellos, graves, con la impasibilidad de las bestias fatigadas; éstas sonrientes, ruborizadas por los tiroteos crudos que disparaban de la taberna, saludando á su amiga con un "buenas noches" afable, alejándose, sin prestarla ayuda.

En vano trató de levantar al jumento, y ya iba á partir á casa en demanda de auxilio, cuando vió con sorpresa que Julián, el vagabundo, se acercaba á ella, y después de ofrecerla humildemente sus servicios, corría á la zanja, y merced á su fuerza hercúlea, lograba sacar al burro.

Al terminar su faena, permaneció á un lado de la carretera, sonriendo: vió á Rosario, que confusa, le daba las gracias; y no se fué de ahí, hasta que la silueta diminuta y grácil de ella, se fundía en las sombras.

Y se sintió dichoso, poseído de un secreto orgullo al considerar que había merecido el agradecimiento de la huertana. Se hallaba nervioso, perturbado, tanto, que sus amigos, al verle inmóvil ante el mostrador, en donde una hilera de copas lanzaba brillantes refle-

jos, al recibir la luz del mechero, le preguntaban si estaría enamorado. — Al entrar por la noche en su cuartucho, — que el dueño le había dejado después de la muerte de su padre, á pesar de que no era muy exacto en el pago de las rentas, — pensó en ella; la imagen de la morena invadió su mente como conquistadora triunfal y amable.

¡Qué diablo! Rosario era guapa — ¡vaya si lo era! — y no convenía despreciarla. — ¿Quién no ambicionaba, en toda la extensión de la huerta umbría, la vaga caricia de su mirada; quién no sentía espasmos de voluptuosidad al contemplar la amplitud de sus caderas, que ondulaban con suave ritmo; quién no escuchaba embelesado la dulce música de su frase? — Estaba cierto: su corazón era virgen; jamás había vibrado en la gama armoniosa del sentimiento; nunca sus labios se habían estremecido al contacto de otros labios: la moza, hasta entonces, había sido inaccesible aun para los ricos propietarios, que no rehusaban descender á la *clase baja*, en pos de sensaciones que calmaran la brutalidad de la carne.

Pero él hallábase convencido de que no era indiferente á Rosario; Bonifacio, el motetón rollizo é inocente, se lo había dicho:

Una tarde, en el mercado, cuando todas levantaban los puestos, trabóse acalorada discusión acerca de él. La gran mayoría de las huertanas afirmaba que era un bribón indecente, que no sabía más que lanzar requiebros, barajar las cartas y beber, durante el día, docenas de cuartillos de tequila. Y todas estaban conformes: Julián debería ser expulsado de la huerta por pernicioso y odiado de todos, principalmente de ellas, que eran el blanco á donde el sinvergüenza dirigía sus tiros.

En medio de la algarada general, sólo Rosario permanecía en silencio, muy atareada en acabar cuanto antes su trabajo, para marcharse.

Las muchachas, al verla callada, al notar que no había despegado los labios, echando su cuarto á espaldas sobre asunto de semejante trascendencia, la interrogaron.

—Y tú, ¿qué opinas?—dijo una rubita delgada de talle, famosa por sus escapatorias

no sólo con gentes del campo, sino con personas respetables de la ciudad.

—Yo.... diría que Julián es huérfano, que no ha tenido quien le aconseje, y, por lo mismo, no es culpable de sus locuras.

—Aunque. Nada nos importa. El es borracho y seguirá siéndolo, y eso nos basta para aborrecerle.

—No, no.... ¿Cómo saben ustedes si con el tiempo no volverá á poner un pie en casa del tío Pedro?

Y esto lo decía con adorable ingenuidad, creyendo á ciegas que Julián se tornaría temperante y honrado como el que más.

—Anda..... anda... Tú tienes vicio de defenderle, como si mucho te interesara.

—Simplemente digo lo que pienso.

—¡Vaya! como si estuvieras aquerenciada con él.

Y en seguida, todas dejaron escapar bromas tremendas, algunas picantes, que hacían subir el rubor á las caras arrugadas de las verduleras viejas, que juraban que en sus tiempos la juventud no era tan bellaca, ni

usaba un lenguaje tan inmundo y poco decente.

Rosario nada respondía: con la cabeza inclinada, apresurábase, deseando salir á escape.

Bonifacio lo había visto todo, merced á una casualidad: hallábase en la ciudad haciendo algunas compras, y por mera humorada habíase dirigido al mercado para ver de cerca á sus amigas, so pretexto de ayudarlas; y ya de vuelta, entró en la taberna y hubo de referir el incidente á Julián.

Ahora, el mozo lo recordaba todo. Sí, tenía la certeza de no serle antipático, y se decidía más á cada instante á declarar la su amor.

Hasta el amanecer concilió el sueño. Fué aquel un insomnio muy dulce, pródigo en ilusiones. Estaba resuelto á no desaprovechar la primera ocasión.

Al día siguiente, al atardecer, cuando la moza pasó delante de la taberna, le dió las buenas tardes con voz apenas perceptible, baja la cabeza, levemente coloreada la tez, porque en ella luchaban dos sentimientos

opuestos: el agradecimiento que Julián la inspiraba, y la repugnancia latente, aunque no confesada, de saludar á un ebrio.

El la respondió con una sonrisa de satisfacción.

Y así pasaron los meses. Diario se saludaban. Lentamente, Rosario notaba que la simpatía que la unía á Julián, iban agrandándose, hasta convertirse en un afecto que era incapaz de definir.

Fué una tarde, á la hora del crepúsculo, no lejos del río, cuando la huertana le habló por vez primera.

Arrullada por el canto de las frondas, marchaba pausadamente tras del burro, cuando escuchó á su espalda ruido de pasos y una voz que la decía:

—Rosario . . . Rosario . . .

Volvióse, y miró á Julián que se detenía á corta distancia de ella, sin atreverse á avanzar, confuso.

—Oiga . . . Pronto será de noche, y como va usted sola, y el camino estará obscuro . . . , yo quisiera, si no molesto, acompañarla . . .

Y al hablar, la observaba con mirada tranquila, afectuosa.

Un tanto pálida, apenas pudo murmurar:

—Es que mi madre....

—Nada dirá, seguramente.... Pero si usted se avergüenza de mí....

—No, no es eso..... En fin, si se empeña.....

Comenzaron á andar. La pálida luz del crepúsculo, allá en el ocaso, teñía el cielo de púrpura, mientras que la huerta inmensa se poblaba de sombras.

Ella, con el corazón palpitante, casi no se atrevía á pronunciar palabra: sentía en el alma algo así como un placer indefinible, mezclado con un gran miedo.

Caminaban en silencio, abstraídos: la infinita solemnidad del sol agonizante, parecía sobrecogerles.

A la luz gris, destacóse del fondo del follaje la casita blanca: la moza adivinó al peirrazo negro tras de la puerta, espiando su regreso.

Se acercaban. Era preciso separarse; y al

pensarlo, la joven sentíase menos temerosa, pero algo triste.

El se detuvo, á un lado de la carretera, bajo los sauces.

—Adiós....

—Adiós.

Cuando ella cerró tras de sí la puerta, todavía Julián se hallaba en el mismo sitio.

Reinaba el silencio. La campana de la vecina iglesia, daba el toque de oración.







### III

Sin decirlo, llegaron á comprender que se amaban. Ambos sentían la necesidad de verse diariamente: era una delicia aquel instante de charla á lo largo del camino, á cuyos lados la tierra fecundada lanzaba su aroma al viento.

Un día Julián, muy serio, se paró delante de Rosario, y cruzándose de brazos, con ruda franqueza, tuteándola por la primera vez, dijo:

—Oye: yo te quiero mucho. . . .

La chica, asombrada, le miró de hito en hito, no sabiendo qué responder. Súbitamente, parecía que el mundo del ensueño y de la dicha, se abría ante ella: estaba poseída del placer; sus labios negábanse á arti-

cular palabra, y se agitaban en su mente mil ideas que hacían asomar á sus ojos dulces lágrimas.

—Y tú, ¿me quieres? Dímelo claro.... Si así es, me darías un gustazo.... que.... mira, sólo de pensarlo me vuelvo loco.... Si por el contrario, ningún cariño me tienes, me iré, sí, me iré á otra parte...., lejos de aquí.

Una sonrisa irradió en los labios de Rosario; su rostro lo dijo todo; y los dos, contentos, ebrios de alegría, continuaron su marcha á la sombra de las arboledas que entonaban cánticos de amor.

En adelante, creyó que el objeto de su existencia era más grande, más amplio: ya no deseaba tan sólo vivir, hacer la felicidad de su madre y de su tío, comunicar algo de su ardor juvenil al frío hogar de dos viejos: su corazón y su pensamiento ya no estaban ahí, sino en la taberna, en el camino, en los campos que perdían su verdura en el lejano horizonte, en donde Julián se hallaba. No gustó ya del mercado, ni de la salida al alba, cuando la pálida aurora teñía el orto con

aureos destellos: ansiaba no más la vuelta, el retorno bajo los árboles, junto al amante, que la decía vulgares palabras de amor que á ella semejaban el concepto más alto del sentimiento.

Y ambos pensaron que su dicha duraría largo tiempo; mas no fué así: el idilio no tardó en amargarse.

Todas las tardes, al recorrer la carretera, cogidos del brazo, encontrábanse con los labriegos que regresaban del campo, ó con las mujeres que, á la puerta de los huertos, esperaban el paso de los vecinos, para echar un ratito de plática,

La pareja formada por Rosario y Julián, por la moza honesta, educada en la rigidez de las costumbres maternas, y el robusto mancebo vagabundo y ocioso, en breve fué causa de las murmuraciones de las habladoras comadres, y, por ende, no faltó quien contase á la seña Juana, los enredos en que andaba metida la mosca muerta de su hija.

Aquella noche, al entrar en el huerto, Rosario comprendió que iba á sobrevenir la tormenta: el tío Gerónimo, acurrucado en un

rincón, estaba mudo; y la vieja, con el rebozo hasta las narices y la mirada torva, pasaba de un extremo á otro de la casa. Hasta el perro, de ordinario tan dulzón y zalamero, habíase escondido debajo de una cama.

Aparentando no comprender, resuelta, se dirigió á su madre con el fin de besarla, como lo hacía siempre al llegar.

La seña Juana hubo de rechazarla con violencia.

—¡Miren la hipócrita, la cochina: viene á besarme como si no anduviera en trapicheos con los hombres!

Fué tal la sorpresa de la joven, que ni siquiera se atrevió á responder: ante la mirada iracunda de la huertana, inclinó la frente: sentía tal pena, que las palabras de disculpa que ascendían á sus labios, amontonábanse en su garganta.

—Anda, habla, dí que es mentira... — Y luego, encolerizada:—No, si no puedes, si es la pura verdad lo que me han contado...

Y en seguida, rabiosa, se desató en denuestos.

—¡Bonita cosa desvivirse una por estas víboras, para que den tela de donde cortar á las chismosas!

—Pero, madre . . . .

—No me repliques. ¡Que una mujer honrada tenga tratos con los hombres, y más aún, con un borracho indecente! . . . . ¿Has visto algo igual, Gerónimo?

El anciano, que en todas las reyertas caseras se limitaba á oír, alzó lentamente el rostro, murmurando:

—Mira, hermana, yo no sé de estas cosas . . . .

—¡Ya lo pensaba! Si eres un papanatas..

El tío, refunfuñando, escapó hacia la pieza contigua, y entonces la seña Juana, con severa actitud, dijo acremente á su hija:

—Oyelo bien: te advierto que es la última ocasión que tolero que veas siquiera á ese hombre . . . . Si insistes en ello, ya sé lo que debo hacer.

Bruscamente, la volvió la espalda y se fué en dirección de la cocina. Rosario escuchó

su taconeo claro, enérgico, que se perdía á lo lejos.

La noche fué triste: poco se habló y se comió menos aún. Las ráfagas de viento fresco, entraban por la puerta de la cocina, haciendo titilar la llama de la vela de sebo que ardía en el centro de la pequeña mesa. En el fogón crepitaban las brasas; y era triste el silencio de aquellos tres seres.

Rosario hubo de acostarse temprano; y ya en la cama, cubierta por las sábanas, con el rostro hundido en la almohada, sollozó amargamente, al pensar en su desventura.

Cuando salió al huerto, al día siguiente, dispuesta á preparar lo necesario para el mercado, se la veía pálida, ojerosa, por una noche de insomnio. Sin embargo, la angustia que oprimiera su pecho, habíase disipado: ahora estaba substituída por la reflexión.

Ante todo, ¿era ella capaz de resignarse á perder á Julián? No, mil veces no: ya lo había pensado mucho, y considerábase sin valor para arrancar una pasión, que no obstante ser de ayer, había echado hondas raíces en su alma.

Entonces, ¿qué partido tomar? Porque era preciso decidirse, pues su señora madre no andaba con simples amenazas: como ella solía decir, *tenta muy bien fajadas las enaguas, para adoptar las más terribles resoluciones.*

Que la seña Juana admitiera á Julián por novio de su hija, ni valía la pena de pensarlo, porque si algunas veces la vieja huertana transigía, jamás lo hizo en tratándose de gente viciosa.

¿Y si Julián fuera bueno?

Y en la tierna cabecita sobre la cual se agitaban los negros rizos al soplo del aire, germinó una idea, una esperanza, que se acentuaba más y más. Quería á su galán con delirio, era capaz de hacerlo todo por él, de darlo todo: la vida, el corazón, la alegría, aun la misma tierra que pisaba, la tierra que heredaría de su madre, la tierra fecundada por el sudor de sus antepasados. Y con su innata sencillez, con una lógica infantil, deducía que Julián haría todo lo que le pidiese, acataría sus palabras cual si fuesen órdenes, por conseguir la total felicidad de am-